

Kathy Clark

bam
bú



La Casa del Ángel de la Guarda

Un refugio para niñas judías

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 1953 Kathy Clark
© 2011, de esta traducción Noemí Risco
© 2011 Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de portada: Riki Blanco
Título original: *The Guardian Angel House*

Primera edición: febrero de 2011
ISBN: 978-84-8343-127-6
Depósito legal: M-761-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Introducción

La Casa del Ángel de la Guarda está basada en una historia real. Existió de verdad un convento en Budapest, Hungría, a cargo de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Debido a la protección y el servicio que ofreció a los pobres de la ciudad, sobre todo a las niñas, el convento se conocía también por el nombre «La Casa del Ángel de la Guarda».

Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis alemanes invadieron Hungría el 19 de marzo de 1944, y empezaron a capturar y a matar a los judíos de la ciudad. Como consecuencia de aquello, las monjas de este convento decidieron proteger a las niñas judías en un intento por salvarlas de la brutalidad nazi.

Hungría está situada en Europa Central. Su capital, Budapest, está dividida por el río Danubio. La parte oeste de la ciudad, Buda, es accidentada, mientras que la parte

este, Pest, es llana. Siete puentes atraviesan el río para conectar Buda y Pest.

El convento está al pie de la montaña Gellert, una de las más grandes de Buda. En la cima, que es relativamente plana, hay una antigua ciudadela que proporciona una vista imponente de la ciudad. También es una fortificación natural contra enemigos y por eso los nazis la utilizaron como una de sus bases.

La Segunda Guerra Mundial transcurrió entre 1939 y 1945. Durante ese periodo, Adolf Hitler se esforzó por hacer que la Alemania nazi dominara el mundo, así que invadió un país europeo tras otro, empezando por Polonia. Parte del plan de Hitler era acabar con todos los judíos y otros grupos minoritarios de Europa que no encajaban en su imagen de «perfección». Estableció varias prisiones –o campos de concentración– a las que deportó miles de personas provenientes de los países que su Ejército invadía. En estos campos, se obligaba a la gente a trabajar en unas condiciones muy duras. Mataban a muchos con gas venenoso y luego quemaban sus cuerpos. Todos los que los ayudaban también acababan muertos.

Hungría fue uno de los últimos países invadidos por la Alemania nazi. Aunque entre 1938 y 1944 este país había aprobado varias leyes que limitaban las actividades de sus ciudadanos judíos, no cedió totalmente a la presión de Hitler para aniquilar a la población judía hasta que los nazis ocuparon el país. Antes de la ocupación, Hungría ya había restringido el tipo de trabajo que los judíos podían hacer, los edificios a los que podían entrar y las tiendas en las que

podían comprar, con la esperanza de eludir a los nazis. Sin embargo, no los obligaban a vivir en guetos o a llevar la estrella amarilla que Hitler utilizaba para identificarlos en público. Enviaban a los hombres judíos a los campos de trabajos forzados, pero allí las condiciones no eran tan duras como en los campos de concentración de otros países. Mucha gente en Hungría creía que lo que ocurría en otros países nunca pasaría en el suyo.

Todo eso cambió cuando la Alemania nazi invadió Hungría. Entre el 19 de marzo de 1944 y el 17 de enero de 1945, cuando los rusos liberaron Hungría, los nazis mataron a 550.000 húngaros judíos. Lo consiguieron con la cooperación del Partido de la Cruz Flechada húngaro, un partido político pro nazi que gobernó en Hungría desde el 15 de octubre de 1944 hasta enero de 1945.

Pero se salvaron algunos húngaros judíos. Varios individuos e instituciones estuvieron dispuestos a arriesgarlo todo, incluso sus vidas, para protegerlos o esconderlos. Entre ellos estaban personas como el diplomático sueco Raoul Wallenberg, Giorgio Perlasca y Ángel Sanz-Briz de la embajada española. Usaron sus puestos de poder y autoridad para obtener pasaportes falsos y documentos de identidad para los judíos que, de otro modo, habrían sido deportados a campos de concentración. Algunos, como las hermanas de la Casa del Ángel de la Guarda, utilizaron sus instituciones para proteger a los judíos.

Esta es la historia de Susan y Vera, dos de las 120 niñas judías a cargo de las monjas del Convento de la Casa del Ángel de la Guarda durante la Segunda Guerra Mundial.

Primera parte

El convento

Capítulo 1
Huellas
Diciembre de 1943

Susan notó el estruendo de las botas que avanzaban, mucho antes de oír sus fuertes pisadas en la escalera. Penetraron en su sueño y sintió un escalofrío de terror por todo el cuerpo. Cuando se detuvieron al otro lado de la puerta del edificio, ella ya estaba despierta y sentada en la cama, con su edredón echado sobre el cuello y los hombros a modo de protección. Miró el reloj. Eran las nueve y diez. Tan solo hacía unos minutos que se había metido en su cama cómoda y caliente, que la voz tranquilizadora de su padre le había dado las buenas noches mientras su bigote le rozaba la mejilla y ella cerraba los ojos.

Aguantó la respiración durante el eterno momento de silencio que flotó en el aire antes de oír el golpeteo sordo de unos puños en la puerta de entrada al apartamento.

—¡Abrid! —gritó una voz ronca.

Susan soltó el edredón y salió de la cama. Con cautela, abrió la puerta de su habitación justo a tiempo de ver cómo su padre abría la puerta principal. Susan reconoció el color verde oliva oscuro de los uniformes.

Uno de los soldados le tiró al padre una carta a la cara.

–¡Tienes que presentarte en la oficina de la calle Duna a primera hora de la mañana!

–No hace falta que lleves equipaje –apuntó con sorna otro soldado–. Te darán todo lo que necesites.

Entonces se giraron sobre sus talones y se marcharon.

Papá se quedó mirando un buen rato el sobre que tenía en la mano. Metódicamente, le dio la vuelta y abrió la solapa engomada para sacar la única hoja de papel que había en su interior. Cuando alzó la vista, tenía el ceño fruncido bajo su rojizo pelo corto y rizado.

–Me envían a un campo de trabajos forzados –dijo, y caminó hacia la mesa, donde rodeó a su esposa con un brazo–. Ya veréis como no será por mucho tiempo. Al menos podré volver a trabajar –terminó con una alegría forzada y fue entonces cuando advirtió la presencia de Susan junto a la puerta de su habitación.

Caminó hasta situarse frente a ella, se arrodilló y se la acercó.

–Susan, te echaré de menos. Pero estoy seguro de que todos estaréis bien. Ya eres mayor, casi tienes doce años. Tienes que darle fuerzas a mamá y ayudarla en todo lo que puedas –dijo en la espesa maraña de rizos pelirrojos que cubría los hombros de la niña.

14 Susan lo entendió. Mamá quería mucho a papá. Siempre decía que juntos eran fuertes. Mientras estuviesen juntos,

mamá podría enfrentarse a las penurias a las que se veían expuestos cada día. Mientras tuviera a su padre, podría hacer frente a cualquier cosa. Pero ahora su marido se marchaba.

Susan se puso derecha. Asintió a su padre con toda la seguridad que podía mostrar, pero lo cierto era que estaba asustada. Tenía muchas preguntas. No obstante, su padre se iba por la mañana y ella quería que él supiera que podía contar con su hija.

Casi desde que Susan tenía memoria, la guerra había estado presente en su vida de forma siniestra. Todas las mañanas, durante el desayuno, se sentaba con su taza humeante de cacao y el cruasán recién hecho que papá compraba en la panadería de la esquina, y escuchaba mientras él leía en voz alta artículos del periódico. Uno de sus primeros recuerdos era el incómodo silencio que inundó la cocina después de que su padre leyera la noticia de la noche del 9 de noviembre de 1938, cuando los nazis robaron y destruyeron miles de negocios judíos por toda Alemania. Aquella noche fue bautizada como *Kristallnacht*, «la noche de los cristales rotos», por los escaparates de las tiendas judías que quedaron destrozados por todas las calles.

Mamá se había quedado pálida como un muerto y le temblaban los labios.

–¿Qué será de nosotros? –susurró.

–Eso nunca podría suceder en Hungría –la tranquilizó papá.

«Eso nunca podría suceder en Hungría» se convirtió en la frase preferida de su padre a lo largo de los años, mientras leía los apuros en constante aumento a los que tenían

que enfrentarse los judíos en Europa. Aunque sus vidas como judíos en Budapest, la capital, se habían hecho más difíciles, las cosas no estaban tan mal como en otros países invadidos por Alemania. Susan sabía que allí la mayoría de los judíos habían perdido sus casas y se les obligaba a vivir en guetos. Les hacían llevar una estrella amarilla en la ropa y les impedían participar en muchas de las actividades normales. Hasta entonces, Alemania había dejado en paz a Hungría. El primer ministro húngaro había conseguido resistir ante la presión nazi para someter a los ciudadanos judíos de Hungría.

Incluso después de que el padre de Susan perdiera su trabajo en la universidad, logró mantener un punto de vista positivo.

Pero ahora empezaba a pasarles a ellos también. Había rumores de que reunían a hombres por la noche y los mandaban en camiones a lejanos campos de trabajos forzados, donde trabajaban muchas horas en canteras, en fábricas de armas y en minas. Susan había oído por casualidad muchas conversaciones en susurros sobre las duras condiciones que agotaban a los hombres tanto física como emocionalmente.

Antes siempre era otra gente a la que se llevaban. Ahora le había tocado a su padre. Pero papá era fuerte. «Más fuerte que la mayoría», pensó con orgullo. Siempre había sido atlético y estaba en buena forma. Era profesor de historia y literatura en la universidad, pero también entrenaba un equipo de fútbol masculino.

16 –Tengo que demostrarles a esos chicos que yo también puedo hacer lo que les pido –le recordaba a mamá cuando

ella se preocupaba por que pudiera estar haciendo un esfuerzo excesivo.

Incluso después de que lo despidieran por ser judío –ya no se permitía que los judíos dieran clase en las instituciones de enseñanza–, hacía ejercicio todos los días, a menudo iba a correr por el puente y daba toda la vuelta a la isla Margarita.

«Esos campos de trabajos forzados no le harán daño», se tranquilizó a sí misma Susan.

–Cuidaré de mamá –le prometió a su padre–. Y también la ayudaré a cuidar de Vera y Tomas. Pero volverás pronto, ¿verdad?

Tenía que añadir la última frase, que casi era una súplica. En esta ocasión, su padre, en vez de responder con su optimismo habitual, se puso derecho, le alborotó el pelo y le dijo que era hora de volver a la cama. Mamá y él tenían mucho de que hablar en las pocas horas que quedaban.

Cuando la niña se dio la vuelta obedientemente para marcharse, él la siguió hasta su cuarto. Despertó con dulzura a la pequeña Vera y le explicó que tenía que marcharse durante un tiempo, que saldría de casa a primera hora de la mañana. Vera, que todavía estaba medio dormida, dijo algo entre dientes, y Susan vio cómo sus delgados brazos blancos rodearon un momento el cuello de su padre antes de acurrucarse de nuevo entre sus mantas. Papá se arrodilló junto a la cama y miró la figura durmiente de Vera durante tanto rato que Susan pensó que quizás él también se había quedado dormido. Al final su padre se puso de pie, se secó los ojos, y ella se fue a su cama. No le hacía falta decir nada más. Susan abrazó a su padre durante un buen rato,

pues quería que sus brazos recordaran la fuerza de su cuerpo, que su nariz retuviera el olor persistente de su tabaco de pipa, que sus mejillas sintieran para siempre la aspereza de su corta barba. Quería volver a decirle que lo quería y que no tenía que preocuparse, porque ella ayudaría a mamá. Pero el gran nudo en su garganta le impidió emitir ningún sonido.

A la mañana siguiente, muy temprano, Susan se despertó al oír el repiqueteo de los platos que provenía de la cocina. La oscuridad aún envolvía la habitación que compartía con su hermana de cinco años, Verónica, o Vera, como ella la llamaba. Al recordar los acontecimientos de la noche anterior, salió de la cama con temor y caminó de puntillas hasta la puerta de la habitación. Vio a mamá, con el bebé de dos meses, Tomas, sostenido en su cadera, aclarando el último plato del desayuno.

–Supongo que será mejor que me marche ya –dijo papá en voz baja–. No servirá de nada llegar tarde.

Se levantó y les dio un fuerte abrazo a mamá y a Tomas. Sus padres se quedaron en silencio, mirándose fijamente a los ojos durante tanto rato que Susan se preocupó por que su padre acabara llegando tarde de verdad. ¿Le harían daño los soldados que habían estado allí la noche anterior si no era puntual? Estaba a punto de entrar corriendo para estirarle a su padre de la chaqueta, cuando papá soltó a mamá y se dirigió rápidamente hacia la puerta, que estaba en la otra punta de la cocina. Se fue sin mirar atrás.

18 Mamá apagó la única vela que titilaba en su soporte de arcilla sobre la mesa y, con Tomas en brazos, se acercó a

la ventana que daba al patio. Susan corrió junto a ella. Se abrazaron y luego apretaron las frentes contra el cristal para alcanzar a ver por última vez a papá.

Salió de la escalera que había debajo de ellas y atravesó el patio abierto hacia las grandes puertas que daban a la calle. Se quedaron mirando en silencio la sucesión de huellas apenas visibles que aparecían detrás de él sobre la fina capa de nieve recién caída. Por primera vez, su cuerpo alto y fuerte pareció pequeño mientras caminaba solo bajo la tenue luz. Unos copos de nieve cayeron y, al cabo de unos instantes, borraron sus huellas.